

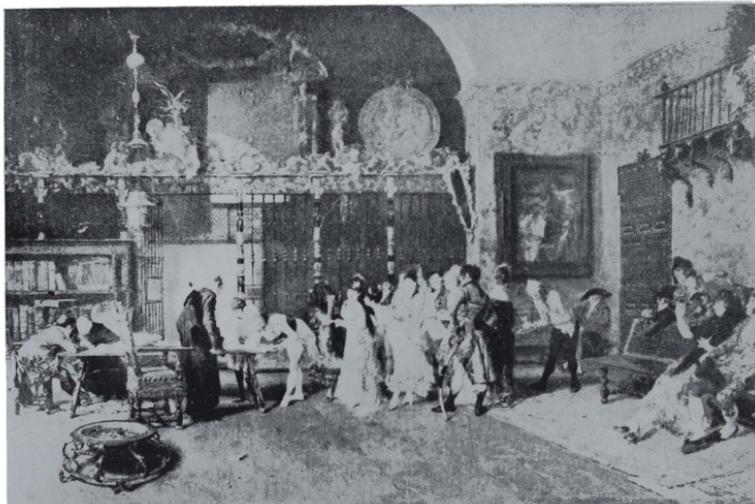
Pintura española: "La Vicaría": por Fortuny

Museo de Arte.—Barcelona

En muchas ocasiones me he preguntado cómo España fué impermeable al movimiento impresionista que llenó toda una época del arte francés del siglo pasado. Y es tanto más extraño cuanto que los impresionistas se afanaron con amor desesperado en la solución del problema de la luz, que en España es diosa irrevocable de la naturaleza. En Francia, no lo es tanto, al punto de que un impresionista, Eduardo Manet, debía acordarse, para su arte, de las luminosidades que admirará en Río de Janeiro; otro, como Claudio Monet, tenía que recordar sus estancias en Argel; Pizarro, el cielo antillano, y el inglés Turner, de quien tanto aprendieron los impresionistas, tuvo que ir a Venecia a robarle su luz. ¡La luz! ¡El elemento

etc., eran rechazados de todos los salones entre carcajadas y burlas y tenían que dar sus lienzos por un pedazo de pan, Mariano Fortuny vendía sus cuadros en París por precios que oscilaban entre ochenta mil y cien mil francos. Esto no lo decimos en demérito del pintor catalán, supuesto que, a su modo, fué un excelso pintor, como aquéllos lo fueron al suyo, si quiera el reconocimiento viniera más tarde. Lo que queremos decir es que Fortuny no fué jamás un pintor impresionista, como lo fué, aunque tímidamente, un Dario de Regoyos, por lo que también tuvo que pagar "su culpa".

Fortuny fué hijo de familia humildísima. Nació en Reus el 11 de Junio de 1838. Su padre era carpin-



único y fundamental que a nosotros, españoles, nos salía de balde! Fortuny fué el pintor del pasado siglo que más luchó por conquistarla, bien que casi nunca viviera en España. Dicese que hizo también su "impresionismo", que nada tenía que ver con el francés; porque el francés tenía por fórmula captar la visión óptica inmediata con un estudio muy concienzudo, casi matemático, de los colores; mientras que Fortuny se dejó llevar únicamente por su instinto. De ahí que en Fortuny la luz sea solamente color, mientras que en un Monet, un Sis'ey o un Besnard, el color es únicamente el portador de la luz. Por otra parte, los impresionistas franceses fueron, en general, dibujantes muy mediocres, ya que sólo les interesaba la vibración luminica, y, en cambio, Fortuny lo era consumado, y va es tradicional el desvío con que los buenos aguafuertistas y dibujantes tratan a los pintores que no son más que luministas. El caso es que en la misma época en que Manet, Monet, Sisley, Renoir,

pero habiendo muerto cuando el muchacho estaba todavía en edad juvenil, tuvo que hacerse cargo de éste el abuelo paterno, de oficio tallista. ¡Figura simpática la de este pobre viejo que, con visión profética, no escatimó esfuerzo para que su nieto alcanzase la meta a que había sido predestinado! Pobre de dineros, aunque no de energías, tomó a su nieto de la mano, y por no gastar, en la diligencia, el dinero que luego había de serles necesario, fuéronse a pie desde Reus a Barcelona, donde ingresó al pequeño en el taller de imaginería de Domingo Talarán y después en la Escuela de Artes y Oficios. Fortuny no olvidó jamás los sacrificios de su abuelo, y la primera venta que hizo en Roma, que fué de su cuadro "Tres odaliscas", por el que le dieron cien francos, le proporcionó la satisfacción de remitírselos. Fortuny estaba en Roma a la edad de dieciocho años, merced a una pensión de la Diputación de Barcelona ganada en concurso público. ¿Qué hizo en Roma?

Copiar mucho y dibujar más. Rafael y Velázquez son sus maestros lejanos.

Cuando estalló la guerra de Africa, la Diputación de Barcelona lo mandó al campo de batalla en calidad de Enviado Gráfico. De su estancia en tierras moras han quedado infinidad de notas, apuntes, bocetos y el cuadro de grandes proporciones titulado "Batalla de Tetuán" (Barcelona). En 1866 fué a Madrid, donde conoció al pintor Don Federico de Madrazo y con cuya hija más pequeña, Cecilia, contrajo matrimonio. Y entonces comenzó a dibujar sus primeras notas para la tabla "La Vicaría", que había de continuar en Roma, donde tuvo su Estudio, instalado en las estancias del Papa Julio III, situadas en las afueras de la Porta del Popolo. Terminada "La Vicaría" en París, en 1870, obtuvo por ella, en subasta pública, la espléndida suma de 90.000 francos.

Es un cuadro de costumbres que parece desprendido de un sainete de Don Ramón de la Cruz. La escena tiene lugar en una sacristía. En un grupo central se ve al novio estampando su firma ante el sacerdote, y a la novia contemplando su abanico y recibiendo la felicitación de una de sus amigas. Delante de este grupo, y en mesita aparte, el sacristán toma la filiación que le da el padrino. Detrás, un santero absurdamente trajeado solicita una limosna de una joven del acompañamiento. Un caballero en el rincón del fondo contempla filosóficamente el cortejo. En primer término y a la derecha, un grupo de toreros y una mujer con mantilla negra y sentada desenfadadamente, esperan turno para el comienzo, tal vez, de otra ceremonia semejante. El decorado de la sacristía está lleno de carácter: rejas, lámpara, cornucopia, sillón y brasero, llenan espacios libres y dan tono al conjunto.

Como se aprecia, "La Vicaría" es un tema disperso en el que hay de todo: una boda, un mendigo, un caballero aburrido y un grupo de toreros espectadores. Toda la tabla rezuma composición. La técnica es de pincelada menuda, suelta y color brillante, y así el cuadro hace el efecto de una lluvia de "confetti" lacado, cuya titilación por contraste de tonos da corporeidad a las figuras y las destaca sobre el fondo. En puridad, es la técnica que conviene a las sedas de matices crudos, que caracterizan la indumentaria del siglo XVIII. Así, sin fundir color con color, sólo por fuerza de la proximidad de uno con otro, van surgiendo rasos, brillos, tornasoles, cuando la destreza del pintor sabe valorar la calidad y el contraste. La tabla no es muy grande y su contemplación produce placer a la vista, a partir de la primera mirada. Nada hay en ella que descubrir: todo está inmediato y patente. Es una muestra de pintura bonita, esmaltada, caliente, en que el principal personaje es el color.

A Fortuny, repetimos, no le interesó el movimiento impresionista francés; primero, porque él estaba dentro de los moldes de la Academia; su formación fué italiana y no francesa. Y después, tenía un sentido real de la profundidad, es decir, del espacio, de que carecieron "les maudits" de 1870. Más que la luz le preocupó el problema del color. Un cierto gusto orientalista le llevó a los asuntos de gran aparato decorativo, por lo que prefería los temas del siglo XVIII a los de su propia época, y en fin, fué un esclavo constante del "motivo", tan desdeñado por sus colegas franceses. Los dos últimos cuadros que pintó fueron "El jardín de los poetas" y "La elección de modelo", cuya venta alcanzó elevadas sumas. El artista, cubierto de gloria, falleció en Roma a consecuencia de unas fiebres malignas. No tenía más que treinta y seis años.

